

EXPOSICIONES

LA PINTURA DE OMAR RAYO

Quien haya conocido y sopesado la pintura de Omar Rayo antes de su experiencia suramericana —llamemos así a este viaje que cumplió por el sur, llevando un mensaje de nuestro país y a la vez enriqueciendo su sensibilidad y fortaleciendo el dominio de su arte—, se sorprenderá de la evolución radical que se ha operado en su obra. Digamos, en primer término, que esa transformación ha sido benéfica. En efecto, al repasar los 36 cuadros expuestos entre el 8 y el 23 de abril en la Biblioteca Luis-Angel Arango, se advierte aun para el menos avezado, la presencia de un pintor, dueño de un estilo y seguro de sus propósitos. Aquella primera época de Rayo, que se bautizó con un feo nombre —“Bejuquismo”—, y que significaba, por lo tanto, un “ismo” más en una hora en que todos los “ismos” habían languidecido definitivamente, ha desaparecido también del todo. Omar Rayo, para decirnos su nuevo mensaje, usa reiteradamente las formas geométricas. Pero eso ya está muy lejos del “bejuquismo”. Esta vocación, esta preferencia por la geometría resultaría excesivamente peligrosa si no se sorteara con la sutileza con que el pintor sabe hacerlo. En efecto, al través de esa matemática de la línea, de ese paladeo con la elipse y el trapecio, Rayo logra una virtualidad plástica indiscutible y nos ofrece soluciones exquisitas. De otra parte, su gusto por el color acentúa con justeza cada motivo, enriquece cada ambiente, y nos coloca delante de la obra de un pintor que no se puede desconocer como tal.

Por todo esto, Omar Rayo es otro de los pintores que se destaca de tantos ejecutantes pedestres y adocenados que abundan por todas partes, por su modo de expresión propio y su indiferencia hacia lo convencional. Aunque solo fuera por su aspiración a una tarea diferente, y por la manera de tratar los temas autóctonos (Rayo emplea en su técnica ciertas resinas

indígenas que confieren una calidad peculiar a su pintura) merecería otro lugar entre la decena de los pintores que se destacan en nuestro medio. La manera de conducirnos al país de lo autóctono, a los percances indígenas que tientan su sensibilidad, resulta encomiable. No es el folclore barato ni mucho menos, sino la expresión de lo folclórico a través de ciertas gamas generales, de las líneas que se atan y desatan en una geometría aparentemente común. Cada pintura suya, a través de ese procedimiento, tiene una representación nuestra, suramericana, tangible unas veces, hermética otras, pero de todos modos autóctona.

Omar Rayo, dígase lo que se quiera, se basa en la realidad sin ser un realista ni mucho menos. Domina la forma, dibuja como un escultor indicando muchas veces el volumen —aun en sus pinturas más planas—, en el simple trazo de los perfiles. Valor plástico indudable tienen sus cuadros: arabescos deliciosos (recordemos ciertas hojas, ciertas botánicas que nos presentó en esta exposición) y armonía cromática. Pinturas que se miran por lo mismo con vivísimo placer, como ocurre con las figuras de algunos códices indígenas o de los libros sagrados orientales, aunque no interpretemos siempre su simbolismo. Porque aunque no haya tampoco ningún simbolismo en estas pinturas, a través del color indoamericano de esta pintura, color que se amalgama a la geometría universal —que fue también la que intuyeron nuestros indios—, se adivina el latido, recóndito y múltiple de nuestras gentes, de todas aquellas que hicieron su habitación en este trozo del planeta, que va desde los salitres de la Guajira a las nieves del Aconcagua.

E. MENDOZA VARELA

LA FAMILIA HUMANA

También se expone en el salón de arte de la Biblioteca "Luis-Angel Arango" una serie de fotografías, agrupadas bajo el título "La Familia Humana". Forman parte de una colección de más de quinientas piezas, donde la familia quedó retratada en todas sus manifestaciones de ternura, de piedad, de amor, de estudio, de permanencia en el tiempo y en el espacio. Esta exposición, patrocinada por la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá, ha constituido un éxito completo.